

# ***IN MEMORIAM: LUIS VEGA REÑÓN***

Jesús ZAMORA BONILLA  
*UNED*

Todos los hombres son mortales. Luis Vega es un hombre. Por lo tanto, Luis Vega es mortal. Aunque su amada disciplina –esa Lógica con la que mantuvo un apasionado romance de tantas décadas– nos avisaba con sus silogismos de aquella indiscutible conclusión, la estupenda salud y forma física que Luis mantuvo durante casi toda su vida hasta muy pocos meses antes del final nos inducían a sus amigos a creer que, en su caso, el argumento debía de fallar por algún sitio. Pero la triste realidad ha sido que Luis se nos apagó en muy poco tiempo, casi sin avisar, y pillándonos a casi todos por sorpresa. Su jubilación de la cátedra de Lógica de la UNED, hace ahora ya diez años, no había disminuido ni un ápice su frenética actividad académica, publicando nuevas obras, impartiendo conferencias, y sobre todo, animando a su alrededor un nutrido y prolífico grupo de colegas que han formado una auténtica escuela filosófica, no solo en nuestro país, sino también en todo el ámbito hispanoamericano, y que son y han sido, bajo su liderazgo intelectual, los protagonistas de una importante revolución en la manera de abordar los estudios de Lógica desde las facultades de Filosofía.

Luis Vega Reñón había nacido en Astorga en 1943, estudiado en Salamanca y en Madrid, y ejercido durante diez años como profesor agregado y luego catedrático de Bachillerato, casi siempre en La Laguna, salvo el último curso, cuando estuvo en Madrid, en el Instituto Lope de Vega. Pertenecía, por tanto, a una generación en la que aún era posible, e incluso no del todo infrecuente, dar el salto desde la docencia en enseñanza secundaria hasta la universidad (una posibilidad cuya práctica desaparición en las últimas décadas creo que le ha privado al sistema educativo español de una preciosa fuente de vitalidad, algo que me consta que Luis también pensaba). Ingresó en el departamento de Filosofía de la UNED en 1979, casi en los comienzos mismos de nuestra universidad. Y luego, a finales de siglo, cuando aquel departamento se convirtió en Facultad, fue también unos de los primeros catedráticos del nuevo departamento de Lógica, Historia y Filosofía de la Ciencia (y por entonces, también de Antropología).

En la UNED, Luis Vega fue el principal responsable de que los estudios de Lógica tuvieran desde el principio un peso muy importante en la licenciatura de Filosofía, con la ayuda en especial de nuestras compañeras Pilar Castrillo y, algo después, también Amparo Díez. Desde esa misma posición, contribuyó también a que nuestra Facultad, a través del citado departamento, sea puntero a nivel nacional en las áreas de la filosofía analítica. Pero su influencia fue muchísimo más allá de la UNED. El gran empeño intelectual de su vida fue el de sacar a la Lógica de su tradicional encorsetamiento en investigaciones puramente formales (algo que no favorecía demasiado una fértil imbricación con los otros campos de investigación filosófica), y añadir, a los estudios de Lógica Formal, lo que Luis acertadamente acabó denominando una *Lógica Civil*: una reflexión filosófica sobre la argumentación racional, que tuviera en cuenta no solo la estructura abstracta de los argumentos, sino también sus diferentes usos en contextos humanamente reales, y los diversos problemas que estos usos y estos contextos pueden plantear. La Lógica es mucho más que un mero cálculo (por sumamente útiles y filosóficamente interesantes que tales cálculos puedan llegar a ser), es algo que está presente en todas nuestras actividades de razonamiento, lo que quiere decir: prácticamente en toda nuestra vida. La visión de la Lógica como un “arte de razonar” conectó el pensamiento de Luis Vega con los propios pilares históricos de la disciplina, pues esa era más bien la concepción de ella que los pioneros de la antigua Grecia seguramente poseían.

No creo equivocarme si apunto que los fascinantes estudios que Luis llevó a cabo entre los 80 y los 90 sobre la evolución histórica (desde Grecia hasta la Edad Media) de la comprensión de qué es un “argumento válido”, en particular en los textos de los matemáticos, fue lo que lo condujo a esa visión de la Lógica más como un arte, o como un modo de interacción social, que como una mera estructura formal. Sus fabulosos libros históricos, *La trama de la demostración* (1990) y *Artes de la razón* (1999) constituyeron un auténtico hito y son, aun hoy en día, una referencia inexcusable en el estudio de la evolución del pensamiento lógico antiguo y medieval, respectivamente.

Su giro hacia eso que hemos llamado “Lógica Civil” se articuló a lo largo de las dos décadas siguientes a través, por un lado, de varios libros tan inspirados como inspiradores, de los que citaré tan solo *Si de argumentar se trata* (2003) y *La fauna de las falacias* (2013), acompañados de un impresionante número de artículos y capítulos en obras colectivas, pero, más importante aún que su obra personal, fue su papel como catalizador de todo un movimiento hacia la consolidación de la Teoría de la Argumentación, a través principalmente de la

creación de la *Revista Iberoamericana de Argumentación*, y, en mi opinión lo más destacable, la edición de una magna obra como es el *Compendio de Lógica, Argumentación y Retórica* (2013), coeditado con su colaboradora y antigua doctoranda Paula Olmos, y publicado por la editorial Trotta.

Luis siguió investigando, reflexionando, escribiendo y publicando hasta casi el final, pues incluso el año de su muerte aparecieron nuevas obras suyas, como el libro *La teoría de la argumentación en sus textos*. Había publicado también recientemente no pocos estudios históricos, y con Aristóteles y su *Retórica* debió de mantener una constante conversación en los últimos años. Es grato imaginar que, en algún lugar del mundo ideal platónico, ahora están ambos manteniendo profundísimas discusiones sobre esos temas con una sonrisa en los labios.